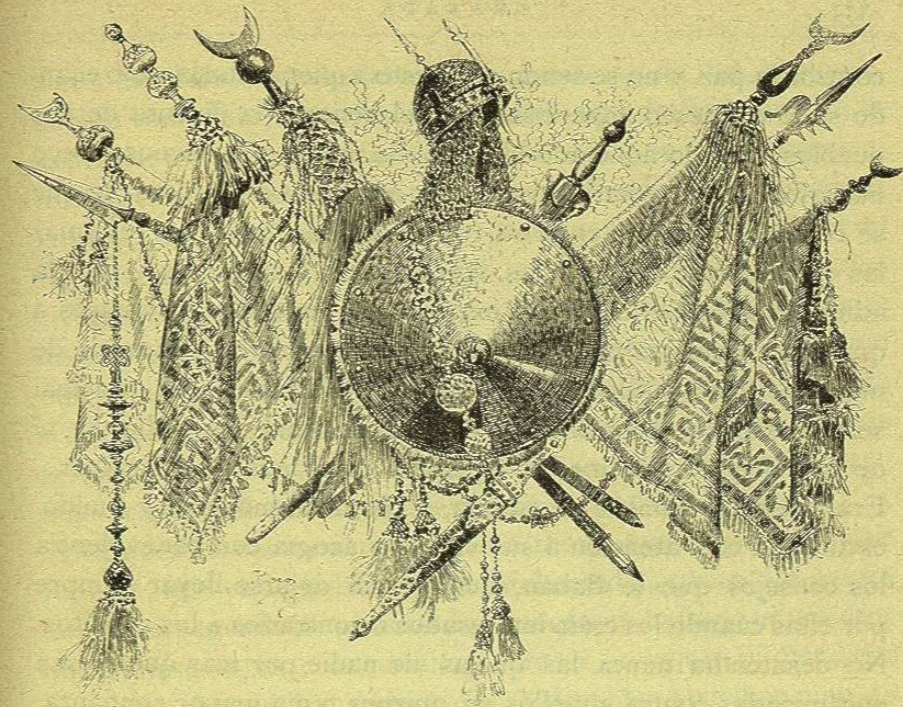


pensar en la muerte del Príncipe. Deseoso de pasar al África para visitar á su amigo Abu-el-Hassán, despidió su ejército dejando consigo un reducido número de sus mejores caballeros, salió al día siguiente á correr el monte, y al estar en lo más fragoso, se vió acometido de repente por asesinos implacables, que, no contentos con matarle á lanzadas, le precipitaron desde lo alto de una peña (1). Llevaba escolta; pero era tan angosta la vereda en que se ejecutó el crimen, que ninguno de sus guardias pudo hacer más que prorrumpir en vanos alaridos. Murió el día 13 de Dilhagia del año 733 (24 de Agosto de 1333) y estuvo el infeliz al pié del monte, desnudo, magullado y hecho el escarnio de los mismos que acababa de salvar de la muerte, hasta que su hermano y sucesor Yusuf mandó que recogieran su cuerpo y le llevaran á Málaga. ¿Podía darse mayor desventura para rey tan magnánimo y guerrero? ¿Merecía ser víctima de tamaña ingratitud un príncipe que sólo por favorecer á sus aliados levantó contra Castilla una espada abatida, si no por su flaqueza de ánimo, por su mala estrella? ¡Y no hubo siquiera quien tratase de vengar su sombra! Ninguna historia árabe ni cristiana refiere que reclamase entonces ni el mismo Yusuf contra los asesinos; ninguna historia árabe ni cristiana refiere tampoco que Abu-el-Hassán los castigase. La alianza, el espíritu de nacionalidad, el parentesco, nada hicieron para dejar satisfechos los manes de Mohamed; satisfaciéronle todos con hacer grabar un pomposo epitafio en la losa de su sepulcro (2).

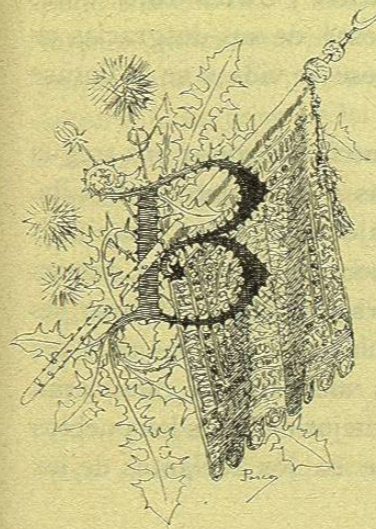
(1) La noticia de haber sido Mohamed despeñado del monte después de muerto á lanzadas no la encontramos en los árabes de Conde, pero sí en los de Casiri (Véase).

(2) Este epitafio es como sigue: Este es el sepulcro del noble rey, fuerte, magnánimo, liberal, esclarecido Abu-Abdala-Muhamad de feliz memoria, de la real prosapia, prudente, virtuoso, insigne guerrero, vencedor, caudillo de vencedoras huestes, de la antigua é ínclita familia de los Nazares, príncipe de los fieles, hijo del sultán Abul-Walid-ben-Ferag-ben-Nazar, á quien Dios haya perdonado y tenga en descanso. Nació (el Señor se complazca de él) día 8 de Muharram del año 715, fué proclamado rey por muerte de su padre á 26 de Regeb del año 725, y murió (Dios le perdone) á 13 de Dilhagia del año 733. Loor y gloria á Dios altísimo é inmortal. (CONDE, parte 4.ª, capítulo 20.)



CAPÍTULO XVI

Yusuf-Abu-el-Hagiag.—Mohamed V.—Ysmail II.—Abu-Said



EN pronto se supo la muerte del rey Mohamed en el ejército que iba de Gibraltar á Granada. La tarde del mismo día 13 de Dilhagia fué ya proclamado por estas tropas á orillas del Wadalsefain Yusuf-Abu-el-Hagiag, hermano del rey difunto. Era Yusuf esforzado también, pero sin tener de mucho los instintos guerreros de sus antecesores. Amaba de

corazón la paz, y no se sentía dispuesto á quebrantarla, sino cuando se lo exigiesen imperiosamente el honor y la defensa de sus pueblos. Viendo aquejado el reino de males gravísimos, creyó más glorioso remediarlos que tentar empresas peligrosas; así que se consagró casi por entero á restablecer las creencias, reformar las costumbres, corregir las leyes, hacer más pronta y fácil la administración de justicia, y extirpar por fin todos los abusos á que habían abierto paso la codicia de algunos, la ignorancia de muchos y las sutilezas de Alcatibes y Alcadíes. El principal sentimiento que abrigaba era el de la rectitud: no podía ver ni oír sin disgusto la menor injusticia ni el más leve desafuero. Era, además, hombre de ciencia, y como tal modesto y tímido: escuchaba con atención á sus vizires y acogía con benevolencia los consejos que le daban, aunque sin dejarse llevar siempre por ellos cuando los creía interesados ó contrarios á los súbditos. No desatendía nunca las quejas de nadie por más que fuesen encaminadas contra aquellos en quienes tenía mayor confianza: les otorgaba lo que en ellas pedían si eran fundadas, y llegó no pocas veces al extremo de atenderlas aun antes de que se las formularan. Reunía á tan nobles prendas una imaginación viva y poética, mucho ingenio, grandes fuerzas, gravedad sin afectación, gallardía de cuerpo, carácter apacible y cortés trato; dotes todas que contribuyeron á que á pesar de sus desgracias en todas las guerras que tuvo, se le quisiese en vida y se le llorase muerto.

Su primer cuidado al ocupar el trono fué negociar una tregua con los reyes castellanos. Envió cartas y mensajeros á Sevilla, donde estaba Alfonso XI, y obtuvo bajo condiciones ventajosas un tratado que le aseguró la paz por cuatro años. Libre ya como deseaba de todo temor de guerra, empezó á reformar las leyes y prácticas del reino, creó fórmulas más sencillas para los documentos públicos, y animó á los alimes á que escribieran para que se las entendiese y apreciase mejor en todos los pueblos de la monarquía. Persuadido de que en los adelantos de las

artes estribaba principalmente la grandeza de las naciones, mandó componer tratados sobre cada uno de los ramos de la industria, protegió con eficacia la publicación de los conocimientos científicos, y no perdonó medio para difundirlos en las clases fabriles. Propuso ricos premios para cuantos sobresaliesen en su carrera, sobre todo para los jefes militares y empleados civiles que ejerciesen con más celo y pureza su destino. Amante de las bellas artes y entusiasta por su religión, edificó al mismo tiempo en su Corte la Aljama mayor, obra de gran magnificencia de que desgraciadamente no quedan ya ni ruinas, y en las cercanías de Málaga un suntuoso alcázar cuyo plano se le atribuye, como á el Ahmar el del palacio de la Alhambra.

Empezó á dedicarse á tan útiles tareas ayudado por el vizir Reduán, que ya lo había sido de Mohamed su padre. Le perdió en el año segundo de su reinado, y tardó en hallarle un sucesor que supiese seguirle en sus altas miras y no vejase ni ofendiese al pueblo. Llamó á su lado á Abu-Yshac-ben-Abdelhar, uno de los más ricos caballeros de Granada; pero tuvo que deponerle dentro de pocos días á instancias de los nobles y caudillos de la ciudad, que le acusaron de orgulloso y vengativo. Nombró en su lugar al Hageb-Abu-el-Naim, hijo de Reduán; pero tampoco pudo sostenerle por mucho tiempo, aunque era hombre en quien no cupo jamás mancilla. Era Abu-el-Naim virtuoso, pero de un carácter tan duro que no había quien no temblase al presentarse ante él en juicio. Oía poco, fallaba con rapidez, y veía tan exageradamente las faltas que se atribuía á los reos, que aun por causas leves los condenaba con frecuencia á muerte. Aunque no lo hacía llevado de mal corazón, sino por el vehemente deseo de extirpar el crimen, era tal en esto su ceguedad, que no pocas veces confundió al inocente con el más culpable. Súpolo Yusuf, que, como llevamos dicho, no se desdeñaba de oír ni aun las quejas de los que menos valían en su reino; convenciónse de que muchos fallos habían sido dictados más por la cólera que por la justicia; y no contento con destituirle, le hizo

encarcelar el día 22 de Regeb del año 740. Puso en lugar de Abu-el-Naim, á Abu-el-Hassán-Ali-ben-Mul; pero no encontró un sucesor digno de Reduán mientras no dió con Abu el-Hassán-ben-Algiab, khattib que había sido de su hermano Mohamed, hombre que reunía un gran sentimiento de justicia, una circunspección nada común y mucha ciencia.

Tuvo Yusuf, mientras estaba en estos cambios, el placer de recibir en Granada más de mil cautivos cristianos recogidos por el caudillo de la frontera oriental y el arráz de la caballería del Algarbe en una atrevida y venturosa algarada que hicieron por la parte de Murcia; pero se sentía tan inclinado á la paz, que no hizo sino celebrar con fiestas y zambras la victoria. No proyectó por esto ninguna expedición formal en país enemigo; sólo se dispuso á salir en campaña al saber que el rey de Fez había derrotado en el Estrecho la armada de los reyes de Castilla. Después de haber celebrado la noticia con iluminaciones, fuegos y otras fiestas públicas, reunió á sus alcaides y sus mejores caballeros, salió con la más brillante comitiva que pudo nunca llevar monarca alguno, y se dirigió hacia el de Fez, que estaba acampado á la sazón en la comarca de Algeciras. Cautivó mucho al africano con tan espontáneo é inesperado socorro, comieron los dos juntos con los principales caudillos que cada cual traía, y convinieron para no tener ocioso el ejército en emprender inmediatamente el cerco de Tarifa. Parecieron á la vista de esta plaza, que tanta sangre había costado á los musulmanes, el día 3 de la luna de Rabiah del año 741, sentaron allí sus reales y no tardaron en empezar á combatirla, como dice Conde, con máquinas de truenos que despedían balas de hierro grandes con nafta, causando gran destrucción en los bien torreados muros. Á pesar de su mucha infantería y caballería conocieron que sólo después de muy largo bloqueo podían esperar la entrega de ciudad tan defendida, y creyendo que era perder tiempo no acometer en tanto otra empresa con que distraer é infundir pavor al enemigo, destacaron algunas compa-

ñías de zenetes, mazamudes y gomares para que al mando de dos caudillos africanos fuesen á correr la tierra de Jerez, Sidonio, Arcos y Lebrija. Lograron por de pronto lo que pretendían, pues quedó talada toda esta comarca como si hubiese pasado por ella la más feroz tormenta; pero al fin pagaron cara esta victoria, porque atacados de repente por una hueste de caballería dejaron muertos sobre mil quinientos soldados, y sólo pudieron escapar con vida los que recurrieron á la fuga.

Yusuf y el Hassán se conmovieron al saber la derrota: enviaron por nuevas tropas á Granada y África y sin levantar el sitio de Tarifa acometieron á los cristianos en las orillas del Wadacelito. Rayaba apenas el alba, cuando hacían ya estremecer el campo alaridos de guerra y confusos sonidos de lilelles, cornetas y atabales. Diéronse las primeras lanzadas al querer pasar el río los castellanos. Yusuf, al frente de su caballería, se arrojó sobre ellos sediento de venganza; pero mientras luchaba con un valor que imponía á sus mismos enemigos, se dispersaron algunas cábilas alárabes al ver sobre sí caballos cubiertos de hierro, acometieron de improviso el campamento los cercados en Tarifa, y no tuvo más recurso que el de retirarse en buen orden á Algeciras, cuyo camino regó con la sangre de sus soldados.

Embarcóse para el África Hassán y para Almuñecar Yusuf, á quien por tierra habían cortado ya la retirada. Era este rey tan desgraciado en la guerra, que casi podía contar por el número de derrotas sus batallas. Perdió en esta jornada á Calayaseb, Priega y Ben-Anexir; y no había aún transcurrido un año cuando supo que en la embocadura del Guadalmeceí habían sido quemadas gran cantidad de naves suyas y africanas y sepultados en el fondo de las aguas los almirantes que las gobernaban. Abrió otra campaña al recibir la noticia de que los cristianos se habían dejado caer sobre Algeciras; pero, á pesar de su estrategia y el arrojamiento de sus tropas, tampoco alcanzó más que ver morir á sus más bravos caballeros en las puntas de las lanzas enemigas. En

vano llamó de nuevo á su socorro á los Beny-Merines, en vano se dirigió al rey Alfonso, que se negó á entrar en negociaciones antes de haber recibido las llaves de la plaza: apremiado por su triste situación y las instancias de los mismos sitiados, tuvo que entregar finalmente la plaza de Algeciras y solicitar como singular favor una tregua de diez años.

Era en cambio Yusuf durante la paz uno de los mejores príncipes. Deseoso de reformar las costumbres y las leyes, hizo construir mezquitas hasta en las alquerías de doce hogares, prescribió la separación de hombres y mujeres en el templo, prohibió ciertas prácticas ridículas y supersticiosas, formuló para mejor evitarlas las oraciones con que debía implorarse el auxilio de Dios en tiempos de sequía y la gracia del Profeta sobre los difuntos, recomendó para la celebración de las grandes fiestas religiosas la limpieza y la limosna, anatematizó el lujo en los cadáveres, trabajó sin cesar para que predominara el culto del corazón sobre el de los sentidos. Al paso que hizo del valor un deber imponiendo pena de muerte al que sin orden de su jefe volviese la espalda al enemigo, prohibió que los campeadores y los almogavares matasen á niños, mujeres, ancianos, enfermos y anacoretas que no ayudasen directamente á los cristianos. Dió mayor fuerza á la autoridad de los padres sobre los hijos, modificó las sangrientas leyes del hurto y el adulterio, perfeccionó la policía de las ciudades creando wacires y estableciendo rondas nocturnas, decoró por fin los monumentos públicos con relieves y pinturas de azul y oro, animando con su ejemplo á los particulares, que embellecieron desde entonces sus voluptuosas moradas con ricas techumbres de alerce, pavimentos de azulejo, menudas labores de estuco y patios perfumados en que murmuraba la brisa entre los árboles y el agua entre las flores.

Amaba tanto la paz, que después de los diez años de tregua no vaciló en pedir prórroga á Alfonso de Castilla, y tuvo un vivo sentimiento al saber que codicioso éste de gloria, lejos de oír sus humildes proposiciones, se dirigía sobre Gibraltar con

gran golpe de gente y de caballos. No pudo menos de volver á desnudar la espada; pero ¿cómo no habría de blandirla con desconfianza después de sus muchos descalabros? Tuvo la suerte de que muriese Alfonso en la jornada y debiesen los sitiadores levantar el cerco; de no, difícilmente hubiera podido resistir á huestes tantas veces vencedoras con ejércitos tantas veces vencidos y humillados.

Regresó á Granada, no ya para proseguir sus reformas, sino para descender pronto al sepulcro.—En el día de Id-Alfitra, 1.º de Shawal del año 756, estaba orando tranquilamente en la mezquita cuando vió de repente sobre sí á un árabe furioso de cuyos ojos brotaba el fuego de la cólera. Quiso luchar, pero no pudo. Se dejó quitar el puñal que llevaba en el cinto y cayó un momento después sobre su propia sangre. Ya herido, dió un grito y logró que acudiera gente en su socorro; pero ¡en vano! Sostenido por sus más fieles servidores, no bien hubo llegado á los salones del Alcázar, cuando exhaló su último suspiro (1).—Se le enterró al anoecer del mismo día en el cementerio de la Alhambra; se descuartizó y quemó á la vista del pueblo á su asesino; y fué luégo proclamado rey su hijo Mohamed, no menos bueno que él ni menos desgraciado.

Mohamed V no contaba veinte años al subir al trono. Tenía hermoso el cuerpo, pero más hermosa el alma: no podía oír ajenas desventuras que no llorase. Era de rostro grave, de apacible trato, modesto en la prosperidad, resignado en la desgracia, amante de su patria, enemigo de la adulación y el lujo, dadivoso sin prodigalidad, misericordioso sin dejar de ser justo, tan severo en sus costumbres que nunca se permitió otras

(1) Así refiere este hecho el Khattib que fué testigo ocular de estos sucesos... homo quidem perditus irarum plenus in eum irruens pugione quo erat instructus latus transfodit. Clamat Rex sancius: interpellatur supplicatio. Ad insolitum casum omnes districto ense convolamus, regemque jam exanimem atque hæsitante lingua murmurantem humeris vectum ad regias ædes detulimus ubi continuo efflavit. Interea sceleris auctor captus discerpitur; flammisque mox coram populo frequentissimo traditur (*Bib. Arab.*, t. 2.º)

diversiones que la lectura y los ejercicios de caballería. Como su padre, amaba tanto la tranquilidad del corazón como la paz del reino; como él y más que él fué en un principio blanco de la adversa suerte (1).

Lleno de solicitud por el bienestar de su familia, apenas hubo ceñido la corona de Granada cuando cedió á sus hermanos y á su madrastra un palacio contiguo al suyo, de no menos suntuosidad y magnificencia; y á pesar de tan generosa conducta tuvo en sus mismos allegados enemigos encubiertos que trabajaron incesantemente por su ruina. La sultana madre, que se proponía entronizar á su hijo Ysmail y había sacado con este objeto inmensos tesoros de la Alhambra el día en que murió Yusuf su esposo, empezó desde luego á fraguar contra él una conspiración en que hizo entrar á su yerno Abu-Abdala, uno de los príncipes de la sangre; y aunque lenta en sus operaciones, no tardó cinco años en privarle del trono y ponerle al borde del sepulcro.

No había Mohamed experimentado aún más contratiempo que la rebelión de un walí de Gibraltar llamado Isa-ben-el-Hassán, que, preso por sus mismos súbditos, fué á Ceuta á morir en medio de los más bárbaros tormentos; así que estaba tan seguro del amor de sus pueblos, que ni por lo más remoto podía sospechar la existencia de tan fatal peligro. Villanamente

(1) Mohamed-ben-Joseph-ben-Ysmail-ben Faragi. Is quas in aliis dispersas reperies virtutes, in se unum collegit, humanitatem videlicet, probitatem, animi pacem tranquillitatemque, fidem ac summam cum eximia oris specie integritatem. Post obitum patris adolescens annum prope vigessimum adeptus ob matris iudicii laudem imperio planè dignus habitus est. Quamobrem rex delectus renunciatusque horis vespertinis diei Paschatis anno Egiræ 755 ætatis defectum studet virtutum copia supplere. Itaque gravitatem, prudentiam, modestiam, temperantiam adhibuit, tantam præterea morum lenitatem et animi clementiam ut miserorum vicem lachrymis vel obortis doleret; suosque sibi et beneficiis et amore devinxerit. Regnum pacatum ab omni ambitione alienum et undique tutum nactus est. Hinc ille cum aliis equitibus in hippodromo ad corpus exercendum cursu et viribus decertare consueverat. Eo denique rege luxus omnis atque adulatio ab aula exulebat. Quæ sane res effecit ut ejus familiaritate populus mansuesceret, optimates vero comitate deliniti morem ei libentius gererent; omnes denique ejus humanitatem ac prudentiam summis laudibus extollerent. (*Bib. Arab. hisp. t. 2.º*)

sorprendido, ni tiempo ni lugar tuvo siquiera para luchar con tan pérfido enemigo. Al amanecer del 28 de Ramazán del 760 tenía ya dentro de su alcázar cien conjurados provistos de lanzas y puñales; é ignorándolo todo vivía retirado y libre de todo temor y sobresalto. Oyó al cantar del gallo gritos desaforados de venganza, y vió brillar sus salones á la luz de teas que llevaba en la mano una turba frenética y osada; pero ni aún entonces habría quizá llegado á creer el riesgo en que se hallaba á no ver á sus leales servidores cayendo entre el destrozado mueblaje de sus ricas cámaras. Convencido del peligro, quiso huir; pero entraba ya Abu-Abdala proclamando á Ysmail, y no era fácil evitar la muerte. Corrió á su harem, vistió un traje de esclava que le deparó una de sus doncellas, salió con ella y un hijo de Yusuf en ligeros caballos que encontró al dejar los jardines del palacio, y logró ponerse á favor de la oscuridad de la noche fuera del alcance de sus enemigos.

Llegó sin peligro á Guadix, y vió en medio de sus desventuras camino á la más hermosa restauración y á la más brillante gloria. Escribió por de pronto Mohamed á Abu-el-Hassán de Fez y á Pedro de Castilla pidiéndoles socorro. Viendo que ni uno ni otro satisfacían sus deseos, pasó á Marbella, se embarcó para África, pidió y obtuvo tropas de Hassán y volvió con dos ejércitos á España. No tardó por su desgracia en verse abandonado de estos mismos auxiliares. Murió el rey de Fez, llamó el sucesor las tropas expedicionarias; y tuvo que retirarse á Ronda el desventurado príncipe, fugitivo, casi solo, desalentado, con pocas esperanzas de mejor fortuna. Imploró en vano el socorro de D. Pedro y el de Mohamed-Abu-Zeyán, recién proclamado rey de Fez: no tenía en favor suyo sino algunos pueblos que no bastaban á protegerle, y con sobrada razón empezaba á creerse condenado á languidecer y morir en el destierro. No sentía solamente su desgracia; sentía la de todo el reino, gobernado por un príncipe voluptuoso, débil, arrastrado á los más torpes actos y á los más infames delitos, parte por sus propios